

Žižek, Slavoj, *Repetir Lenin*, trad. Marta Malo de Molina Bodelón y Raúl Sánchez Cedillo, Akal, Madrid, 2004, 157 pp.

En el conjunto de las obras del filósofo esloveno Slavoj Žižek podemos advertir dos momentos bastante diferenciados. Por un lado, se encuentran las obras que el de Liubliana escribió sobre todo en los años noventa: en ellas los esfuerzos se centran en establecer el estatuto de la ideología en el capitalismo tardío así como también el del sujeto y el de la ontología, mediante una reformulación de la dialéctica hegeliana, la teoría del fetichismo marxiano y las categorías del pensamiento lacaniano. Por otro lado, y siguiendo con estos marcos teóricos de referencia pero sin profundizar tanto en ellos, Žižek ha escrito otro conjunto de obras, a partir de finales de los noventa, centradas en fenómenos característicos de las sociedades capitalistas como el de la violencia o la pospolítica, ejerciendo una férrea crítica a la dupla capitalismo-democracia y al sujeto ideológico que de ella se deriva.

Repetir Lenin forma parte de este segundo grupo. En ella analiza la figura del Lenin posterior al *¿Qué hacer?*, es decir, el de *El Estado y la revolución*, en donde después del fracaso de 1914, ejerce mediante un acto de locura utópica lo que acabarían siendo las bases de la Revolución de Octubre de 1917. Para Žižek, hoy la izquierda se encuentra, al igual que Lenin en 1914, en un momento en el que se deben volver a reinventar las coordenadas del movimiento. Bajo esta circunstancia, pretende recuperar el gesto leninista de apostar por la revolución cuando todas las circunstancias le son adversas. Es importante aclarar que pretende rescatar a Lenin no para repetir la revolución, sino por el gesto de creer ante todos y contra todos en el acto político cuando más desahuciado se encuentra.

La disyuntiva en la que se hallaba Lenin en 1917 era la de o bien esperar a que las leyes del desarrollo histórico trajeran la revolución, o bien realizar la revolución, ya que para Lenin era obvio que un momento como el que se daba entonces tardaría décadas en repetirse. La segunda opción es lo que Žižek ha definido como el acto político propio, aquel que desbarata las coordenadas de una situación dada e instaura otras a partir de un principio universal. Lenin es así el representante de ese acto que no puede discernirse en el horizonte pero al que la izquierda debe someter su esperanza de cambio.

Durante los primeros capítulos del libro, Žižek va diseccionando aquellas categorías que conforman la subjetividad en las sociedades capitalistas. Así, pasando de la alta teoría a la cultura popular, desacredita todos esos conceptos que sostienen el universo ideológico del capitalismo tardío. Empieza citando a Habermas y su concepto de opacidad, el cual caracteriza el modo como

experimentamos el significante de libertad en nuestras sociedades. Si bien en un primer momento parece que lo característico de nuestra época es el hecho de estar eligiendo continuamente, Žižek se encarga de enseñarnos el trasfondo donde esta elección no es más que la ocultación de su contrario, la ausencia de verdaderas opciones. De igual manera sucede con el concepto de multiculturalismo, piedra angular del capitalismo según Žižek, por el que se pretende incluir al otro diferente, siempre y cuando sus prácticas e ideas estén dentro del horizonte de sentido occidental. Del mismo modo procede con el concepto actual de democracia, el cual solo se sostiene mediante la negación sistemática del opuesto, es decir: todo aquello que no representa lo democrático.

Gracias a los conceptos que adopta del psicoanálisis, el de Liubliana tiene la perspicaz capacidad para discernir nuevos fenómenos en nuestras sociedades que, como venimos argumentando, se nos presentan como fruto de la necesidad, cuando en el fondo encubren un trasfondo de lo más ideológico. De esta forma, es capaz de analizar en tres páginas cómo la abdicación que realizamos sobre la experiencia del otro, todo aquello que omitimos sobre su sufrimiento y su experiencia vital para poder seguir haciendo nuestra vida, es el modo de actuar propio de la subjetividad configurada por el capitalismo, cuyo objetivo es el mantenimiento de las relaciones de poder.

A lo largo de los ocho primeros capítulos, este análisis del sujeto posmoderno se va alternando con continuas referencias a las experiencias del leninismo en el siglo xx. Diluyendo ciertas concepciones actuales en torno a la figura de Lenin, Žižek nos va tejiendo una imagen del dirigente soviético posicionado del lado de la verdad universal como principio para un auténtico humanismo. Así, el significante Lenin funciona en los ocho primeros capítulos como contraparte a todo aquello que de las sociedades capitalistas quisiéramos escapar. De la pluralidad de los relatos y las narrativas del posmodernismo a la férrea voluntad leninista de mantenerse del lado de la verdad. De la distancia subjetiva del individuo contemporáneo respecto a su prójimo al Lenin que pone su vida y obra a favor de la emancipación como causa común. De la mercantilización de la experiencia y los productos del capitalismo cultural al Lenin del materialismo dialéctico y del realismo ingenuo.

A partir del capítulo octavo titulado: «Porque no saben lo que hacen», Lenin es contrapuesto a varios autores de teoría política contemporánea: Rancière, Balibar y Alain Badiou. Para Žižek, dichos autores comparten un punto en común con los estudios culturales anglosajones, el hecho de que lo político ya no se define por lo puramente económico. Para Rancière lo que define el momento político será la incorporación de aquel grupo marginal que no ha sido incluido en el edificio político y que lo reclama. Para Badiou es el acto que da lugar a una nueva subjetividad a partir de uno o varios legados, siendo el principio de universalidad su forma. A Žižek (que, en cierta medida, hereda aspectos de la teoría del acto de Badiou) no se le escapa que estas nuevas

concepciones de lo político dejan intacto el núcleo de lo económico; es decir, que desatienden el hecho de que todo cambio debe pasar por una reestructuración de lo económico, legado marxista que Žižek se niega a perder.

La política pura, aquella que reniega de lo económico, es contrapuesta a Lenin. Žižek tiene claro que en el terreno de la crítica económica es donde se abre la posibilidad del cambio. Sin embargo, aclara que toda intervención económica debe hacerse desde lo político, aunque como ya nos deja intuir el texto, el gesto zizekiano no pasa por acabar representando a un grupo parlamentario en el congreso. El autor opina que el tipo de teorizaciones de estos autores representan una revolución sin revolución. Configuran el marco de lo que en varias obras el esloveno ha llamado un cambio para que en realidad no cambie nada. En este sentido, la figura de Lenin se nos presenta como completamente actual, cuando, en febrero de 1917, su posición era tomada como la de un loco. Un loco que creía en la revolución como un acto del que no podíamos saber las consecuencias pero al que debíamos permanecer fieles; un acto que apostaba por un cambio para que en realidad cambiara algo.

Los últimos capítulos del libro están dedicados al estatuto de lo Real en el siglo xx. Žižek, siguiendo a Badiou, caracteriza nuestro tiempo como el de la pasión de lo real. Si entendemos desde una perspectiva lacaniana que lo real es aquello no simbolizable, aquel núcleo traumático sobre el que se construye el edificio simbólico, la fantasía y la ideología, podremos entender que hechos como el atentado de las torres gemelas hayan supuesto un advenimiento de lo real, de aquello no simbolizable que opera sobre nuestro horizonte de sentido haciendo que la fantasía (garante del principio de realidad) y la ideología se vean reconfiguradas.

A partir de lo Real se pueden establecer dos actitudes políticas. Por un lado, la de purificación, que tiene como fin aislar el núcleo de lo Real. Por otro, la política de la sustracción que parte desde el vacío que ha dejado el advenimiento de lo Real y genera algo totalmente nuevo. Y es aquí donde a Žižek le interesa introducir el gesto leninista de creer en el gesto político utópico. Hay que asumir que Lenin ha muerto y que el legado soviético pesa como una losa para la izquierda. Pero, a su vez, se niega a aprobar una política centrada en la aceptación de las diferentes identidades y formas de ser en el *statu quo*. Lenin encarna el acto político de subvertir una situación dada y generar un momento político totalmente nuevo; aquel tipo de acto, que en su momento solo era una ambición utópica, continúa siendo hoy el único recurso para todo proyecto de emancipación.

Joan Cuadros